

traban triunfantes á San Luis, cualquiera que fuera la causa política que defendieran. Era entonces una obligación impuesta á los Regidores de todos los Ayuntamientos y desgraciado del que no la cumplía.

Pues bien, saqué de mi guardarropa ese mi traje de ceremonia, me lo puse, rocié mi frac, mi chaleco y mi mascada con un perfume y me dirigí á la casa de mi amigo cinco minutos antes de las nueve, que era la hora fijada en la invitación. La sala estaba iluminada á *giorno*, otra palabra que se ha arrebatado del italiano porque tampoco en el español hay alguna con la que se pueda decir, con profusión ó abundantemente.

Lo primero que noté en dicha sala fué el silencio y la soledad que reinaba en ella; creí que por mi falta de costumbre para asistir á esas reuniones de sociedad me habia anticipado mucho á la hora señalada, y violentamente saqué mi reloj para ver si habia cometido semejante torpeza y en tal caso retirarme para que los primeros concurrentes no vieran que tan temprano habia ido á tomar campo; pero no era así, el reloj marcaba las nueve y cuarto, y sólo estábamos en el departamento del baile los músicos y yo. Uno de éstos, á quien le pregunté si sabia que al aproximarse la noche se hubiera cambiado la hora de comenzar la fiesta, me contestó con cierta sonrisa irónica que era cursi eso de asistir con puntualidad á la hora que se señala para un baile; que se debe ir una ó dos horas después para que no se crea que está uno muy deseoso de bailar, sino que concurre por hacerle favor al que invita. Yo, que lo creía al revés, que el favorecido era el invitado porque el promotor de la reunión gasta su tiempo y su dinero en obsequiar á sus amistades, me quedé perplejo con aquella lección que me dió el músico de esa práctica de alta sociedad, y me apresuré á salirme á la calle, mientras empezaba á llegar la concurrencia.

A eso de las once calculé que ya habrían entrado las familias invitadas y me dirigí nuevamente á la casa. En efecto, ya estaba la sala llena de señoras y señoritas, á todas las que pude abarcar de un sólo golpe de vista debido á la multitud de focos de luz incandescente que pendían de los caprichosos candeleros de cristal.

La primera idea que me vino á la imaginación al contemplar aquel grupo de bellezas femeninas, luciendo lu-

DE PASEO.

IV.

—Aquí me tiene Ud. para que continuemos nuestros paseos y conversaciones. Vengo algo quebrantado del cuerpo, porque anoche me desvelé. Hace muchos años que no asistía á un baile, porque en mi edad ya no llama la atención esa clase de diversiones, pero acepté la invitación que bondadosamente me hizo ayer un amigo y fui con él sólo objeto de conocer los usos modernos para transmitir á Ud. mis conocimientos y observaciones.

A las ocho de la noche empecé mi toilette, según se usa decir en francés, porque en castellano no hay ninguna palabra ó frase con la que pueda decir que me lavé, me peiné y me cambié ropa limpia.

Desde que fui regidor del Ayuntamiento, hace cuarenta años, tengo mi pantalón de paño negro de 1ª con sus piales de cuero inglés, mi chaleco blanco de gró de aguas, bordado de hilo de oro y mi frac también de paño negro, con sus ribetes de cinta de seda y sus vueltas de raso, mi corbata ancha, blanca, de la misma tela, con sus muéllas de acero y resortes, mis guantes blancos de cabritilla y mi mascada de seda de la India. Con ese traje asistía yo en aquellos tiempos á las comitivas oficiales, á las procesiones del jueves y viernes de la semana mayor, con la diferencia del chaleco que para esos días clásicos era negro, y á felicitar á todos los jefes de pronunciamientos que en-

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA DE

Josos trajes de tela y corte de baile, fué la que le vino también á las mientes á nuestro poeta Guillermo Prieto, una vez que, como yo, asistió por compromiso á un baile después de no haber visto ninguno desde su juventud.

Al ver los trajes exajeradamente escotados, el peinado y la pintura de los rostros, dijo en la reseña que escribió: "Antiguamente las señoras para ir á un baile se aseaban, se peinaban y se vestían. Ahora se ensucian, se despeinan y se desnudan."

No bien acabé de recordar esa observación de Prieto, cuando la orquesta anunció la clásica cuadrilla, y se formaron tres ó cuatro cuadros para bailarla. El principio de la pieza es un ceremonioso saludo á la compañera del vecino, probablemente para significar que más tarde se ha de preferir la mujer ajena á la propia. En seguida el varón echa medio cuerpo hacia atrás y avanza un pié como para hacer impulso de brincar una acequia, y la Señorita hace una especie de embestida al varón de la pareja contraria, aun que todavía no sea tiempo de que la adornen los instrumentos necesarios para acometer. Siguen después las demás figuras que yo no entiendo, porque en mi tiempo sólo se usaban las cuadrillas francesas, las zarzotas con diversas figuras de las de ahora, y las que se bailaban con sonatas populares; pero es de rigor que se repita el ceremonioso saludo en cada cambio de figura.

Las demás piezas de baile como los valeses, shotis y las polkas, poco varían de como se bailaban desde que se inventaron. Los pasos son los mismos, consistiendo únicamente la diferencia en la mayor ó menor afectación de los bailarines, y en la propensión á acercarse los sexos hasta donde ya no lo permite la tela de los trajes.

Pasadas las dos ó tres primeras piezas, empecé á notar la ausencia de los jóvenes del salón de baile, las parejas disminuyeron quedándose sentadas muchas señoritas, pero no porque los primeros se hubieran retirado á sus casas para no desvelarse, sino que se ocuparon en el local destinado al *lunch*, otra palabra aprendida á los yankees que significa menos que la castiza de ambigú, brindando por el dueño de la casa y por su familia, por los amigos pasados, presentes y futuros, por la novia de semana, y cuando ya no había á quien dedicar las libaciones, se las dedicaban ellos

mutuamente, chocando las copas con tanta repetición como repique á vuelo de campanas.

A cada pieza que se anunciaba, tenían que ir la señora y el señor de la casa á suplicar á los jóvenes que fueran á bailar, y sólo así se conseguía que lo hicieran algunas parejas.

Los vapores del vino hicieron también el perjuicio de que á varios de esos elegantes les acometiera la vergüenza delante del sexo contrario, y se arrinconaron en las recámaras ó en los corredores del patio, huyendo de las bellezas femeninas como el casto José de la mujer de Putifar. De allí los sacaban á tirones el bastonero, el casero y los amigos de confianza.

A la una de la mañana que por indicación del Sr. de la casa, fueron conducidas las señoras y señoritas al ambigú, poco quedaba de los manjares, dulces, pasteles y vinos. Estos ya estaban en los cerebros de la juventud masculina, y en sus bolsillos una buena parte de las carnes frías y de los dulces.

A las tres empezó á desfilarse la concurrencia, y aunque conocía que todavía me faltaba algo que observar, no quise ser de los últimos y también traté de retirarme. Busqué á mi amigo para despedirme de él y darle las gracias por su invitación, costándome algún trabajo encontrarlo, porque andaba deteniendo familias á petición de interesados especiales, y porque en cada pieza tropazaba con el cuerpo inerte de algún concurrente que se le había cansado el caballo, como dicen en mi tierra.

Por fin, cumplí aquel requisito de urbanidad y luego me dirigí á la pieza donde había dejado mi sombrero y mi abrigo, en poder de un individuo que me había dado en cambio una contraseña para recogerlos cuando ya quisiera salir por donde había entrado; pero aquí fueron los apuros del encargado del guardarropa, y muy especialmente míos, porque ni el sombrero ni el abrigo parecieron; el empleado se empeñaba en asegurarme que ya había yo recibido mis prendas, que por distracción no me recogió la contraseña y que probablemente las había dejado olvidadas en alguna parte de la casa. En suma, no quería que mi billete tuviera ya ningún valor, como la firma de comerciante quebrado.

Lo amenacé con darle mi queja al dueño de la casa y si necesario fuere al gendarme de la esquina, y así conseguí

que encargara á su substituto su guardarropa y que fuera conmigo en busca de mis prendas.

En una de las bancas del corredor vi que un desgreado pollo dormía como un lirón y estaba muy envuelto con mi capa; se la quitamos entre mi acompañante y yo, sin inquietarle su dulce sueño y seguimos buscando el sombrero. Este si no fué posible encontrarlo en ninguna parte, y como durante el tiempo que empleamos en tan larga busca, la concurrencia ya se habia ido y los criados apagaban las luces, fuimos por último otra vez al guardarropa, donde sólo sobraba un sombrero de corta entrada y tan sucio como la conciencia de los usureros. Ya no quedaban en la casa más que yo y el encargado del guardarropa. El sombrero de éste era de charro, de suerte que acabé por persuadirme que mi sombrero me lo habian cambiado, con seguridad inocentemente, por el mugriento que tenía á la vista.

No habia remedio, tuve que aceptar aquel cambio; con repugancia pretendí ponérmelo, pero afortunadamente no me llegaba á la frente, me lo coloqué como solideo y me marché para mi casa. Nadie ha ocurrido á la del baile ni disculpase por la equivocación y á entregar mi sombrero, ni me ha valido tener el grasiendo todo el día en las retas de mi ventana á ver si alguien lo conoce.

Tendré que dárselo á otro más pobre que yo, encargándole que no me olvide en sus oraciones el día 28 de diciembre de cada año.

Suspenderemos ya por ahora nuestras pláticas para continuarlas en mejor oportunidad. Tengo que salir mañana de la población y no he podido hacer ningunos preparativos, á causa de que el sueño me persigue como cobrador de cuentas en sábado, sin dejarme comer ni beber.

Avisaré á Ud. el día de mi regreso, y desde luego me pondré á sus órdenes, deseándole que entretanto sea Ud. en todo feliz.

Buen viaje, amigo mío.

EDIFICIOS NOTABLES DE SAN LUIS.

Las frecuentes reparaciones y nuevas construcciones de fincas en la ciudad, están desfigurando ó haciendo desaparecer muchos edificios de todas categorías, que recuerdan hechos históricos de más ó menos importancia; y antes de que se pierda absolutamente todo vestigio de esas antigüedades, creo que las personas amantes de San Luis y de su historia, leerán con algún agrado los ligeros apuntes que publico á continuación.

EDIFICIOS en San Luis Potosí, notables por sucesos ocurridos en ellos, ó por haberlos habitado personas de alguna celebridad.

I

EL PALACIO EPISCOPAL.

En el terreno que ocupa existieron las Casas Reales de la ciudad, las cárceles de hombres y mujeres, los juzgados, el oficio público del Escribano real y de cabildo y el de su Teniente. Ya estaba para concluirse la construcción de las Casas Reales cuando los mineros del Cerro de San Pedro proyectaron edificar la parroquia, solicitaron del

CAPILLA ALFONSO DE BURGOS